

# LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 7 de Diciembre de 1899

Núm. 472



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



*Reutlinger.*

Con el brillo de sus ojos,  
con el calor de su boca,

no es extraño que esta niña  
haga del infierno gloria.

No sé si habrán ustedes observado que está la temperatura fría.

Lo está.

De donde resulta, ó yo no sé contar, que todos estamos frescos.

Hablo de los españoles, que son los que más sufren y padecen con estos cambios atmosféricos.

Y me apuesto el último discurso de Sagasta á que no hay quien lo refute.

Parecería lógico que los rusos, por ejemplo, y hasta los ingleses, nos llevasen en esto la delantera.

Porque ya saben ustedes, y si no lo saben pueden creérmelo á mí que no hablo nunca á tontas y á locas, ya saben, digo, que España es un país delicioso, muy flamante, muy... vamos, muy meridional.

Pero eso no quita ni pone á lo de la frescura.

Si, los ingleses y los rusos pueden quedarse más fríos, pero más frescos, nó.

\*\*\*

Y la cosa, que parece dicha así burla burlando, tiene su intríngulis.

¿Ustedes no han caído en la razón de ese cambio que se está operando en nuestra atmósfera, dicho sea sin intención de agraviar á nadie, y con permiso de Silvela?

Es muy sencillo.

En España siempre ha habido mucho sol. Tanto, que hasta nos enviaban grandes remesas de los trópicos.

Y naturalmente, vivíamos en una atmósfera abrasada, candente... parecía que respirábamos fuego.

Nuestro clima era una especie de ritmo de Rueda, con muchos ayes intercalados de Grilo, que le daban carácter nacional.

De pronto van y se nos echan encima unos guasones, tales que parecían gitanos nacidos en la propia Andalucía, y por aquí cojo y allá lo dejo, con unas tijeras muy grandes, de esquilador, se ponen á recortarnos el sol.

Antes teníamos sol hasta para las noches; ahora apenas si lo tenemos para los días de fiesta.

¡Y qué sol! Como ya no es un sol entero, casi no consigue calentarnos la peluilla de lana del gabán.

Yo bien veo que resplandece y ilumina. ¿Y qué, si hace una hora que me estoy soplando los dedos y tengo que dictarle las palabras al patrón de la casa de huéspedes, porque falta fuerza en mis yemas para apretar la pluma?

No se burlen ustedes.

Aun llegarán, y no tardaremos en verlo, cosas mayores.

Sé yo de buena tinta que le ha sido presentado á Silvela un gran invento llamado á producir una sensación *despampante* entre los sabios de Europa.

Consiste el aparato en un apagaluces descomunal. Tiene forma de embudo, y se estira y encoge á capricho para que sea fácilmente manejable. El inventor es hombre práctico y no ignora que á don Francisco no le gustan las complicaciones.

Bueno, pues en un momento dado,



A paso forzado.

puede que al dar la última campanada del último día de este año, que aun hay quien no sabe si es ó no es el último del siglo; sin que para ello necesite moverse de la cama nuestro héroe, estirará el embudo en cuestión, soplará y quedará apagado el sol definitivamente.

No creo necesario añadir que nos quedaremos todos á obscuras.

\*\*\*  
Pero noto que me pasa la hora, como á los oradores del Congreso, jugando con las palabras, que es con lo único que se puede jugar en estos calamitosos tiempos que atravesamos ó que nos *atraviesan*...

A muchos les parecerá que no he dicho nada.

Y en efecto, yo no he hecho más que charlar con ustedes para ver si entraba en calor.

No hay manera de conseguirlo.

Ustedes me dirán, si lo saben, cómo se hace un artículo sin asunto.

A los asuntos también les pasa lo que al sol, y lo que al burro de aquel cuento gitano: que se nos van acabando.

¡Qué! ¡si casi no podemos ponernos al habla!

Después de todo, veamos: ¿de qué voy á tratar que les importe á ustedes ó me interese á mí?

¿Del amor? Yo ya ni en el amor creo, diré remedando al poeta. Ayer me plantó una muchacha rubia como unas espigas, con el pretexto de que había notado que me enfriaba.

¿Les parece á ustedes si la excusa tiene cuatro bemoles?

Nada, no creo en el amor, no creo en más amor que el de los gatos, y eso porque se aproxima el mes suyo, el mes en que les duelen las muelas.

Hablaré... hablaré.., ¡ah! podemos decir todavía dos palabras, reloj en mano, de un asunto de miga. De la enseñanza integral.

Los valencianos del Cid han tomado á pechos el que se instruya á las gentes.

Claro está que la idea es muy simpática y que me pongo al lado de los que creen que un pueblo sin instrucción no puede vivir ni crecer, como no puede crecer ni vivir sin pan.

Hagamos todos, cada cual en su esfera de acción, lo que se pueda para secundar tan generosa iniciativa. Sin que nos importe, por supuesto, que salgan por ahí graciosos diciendo que somos esto ó lo de más allá porque hoy pedimos lo que ayer rechazábamos.

Nó, aquí no se ha rechazado nunca la instrucción; lo que pasa es que, ó nos la regatean, ó no nos la dan.

Instruyámonos, señores; si eso se hubiera hecho mucho antes, ahora no estaríamos tan frescos como estamos, ni me vería yo en el caso de cansarles á ustedes con una cháchara tan fría; esto es, tan del tiempo.



El primer tropiezo.

CLAUDIO UGENA

## Amor travieso

La voz de la vieja llamando á María Ana rompió el hechizo; oyóla la joven primero con sorpresa, como si soñase, después temerosa, sobrecogida de susto; robóla el ánimo y con el ánimo la acción; tuvo que repetir la pobre mujer:

—¡María Ana! ¡María Ana! ¿dónde estás?

María Ana se arrancó de los brazos que con tan dulce y enamorado cerco la estrechaban y la oprimían, se restregó los ojos como si despertase de un sueño, avivósele la faz, que ya con el fuego del cariño parecía caldeada al amor de la lumbre, y silenciosa, trémula, echó á andar en seguimiento de aquel eco triste que resonaba á la vez en su conciencia y en sus oídos. Detúvose al pisar el dintel de la puerta; volvió la cabecita gitana, y haciendo una mueca guapisima con los labios, murmuró:

—Yo no le he besado á usted ¿verdad?

Sin aguardar respuesta, desapareció corriendo; tenía miedo de que aquella otra boca traicionera le contestase « sí ».

\*\*\*

« ¡Que si me ha besado! » Dió vueltas Jorge á esta idea seductora, y no se atrevia á echarla del pensamiento. « ¡Que si me ha besado! » Dejóse caer en el banco, en seguida se puso de pie; se encaminó hacia la habitación donde habia entrado la doncella; retrocedió; dirigióse á la calle y permaneció breves minutos contemplando estúpidamente á dos perrillos que jugueteaban persiguiéndose en el arroyo. Todo seguía dormido, apagado en aquel ambiente.

Sacóle de su abstracción esta palabra emitida á media voz, silbada como un suspiro, tenue, quejumbrosa:

—¡Jorge!

Dió media vuelta y levantó los brazos por natural impulso de tenderlos á la enamorada niña, que le contemplaba en actitud humilde, llena de rubor y pesadumbre. María Ana hizo con la mano ademán de contenerle. Jorge exclamó como si continuase el coloquio interrumpido:

—No un beso, tantos besos, que yo no los he sabido contar... ni los contaría, aunque pudiese: imagino que son innumerables como los soles que ruedan por el espacio sin fin.

María Ana se cubrió la cara con las manos.

—¡Si me has besado! Tu cara pegada á la mía; tus ojos pendientes de mis ojos... ¡Mira tú, mora! Ha pasado el ángel del amor sobre nuestras cabezas y yo le he visto temblar de envidia.

—Márchese usted, Jorge — murmuró ella con grave entonación.

Jorge no se movió; nada dijo, ni hizo gesto alguno.

—Por Dios, márchese — repitió María Ana. — Madre está recelosa... No la puedo convencer; no le quiere á usted.

Levia miró á su amante con mirada de asombro, y repuso:

—¿Que no me quiere? ¿Y por qué? ¿Qué daño le he hecho yo?

Amontonóse en la imaginación de María Ana el cuento de la parálitica; resurgió la imagen de aquel ca-





Después de tanto seguir  
verá que chasco le doy,

al ver que no puede ir  
tan lejos como yo voy.

## LA SAETA

serón derruido y abandonado en la pintoresca soledad de la campiña nemorosa, sirviendo de refugio á una pareja enamorada que huía de la lluvia y se secaba las empapadas carnes al calorcillo de los brazos, al fuego de las bocas. ¡Oh, ya sabía ella ahora cuán dulce era abrazarse en aquella tibia llama de amor! Sintió, pensando en todo esto, que le hervía la sangre, que le mordían por allá dentro, no sabía donde. Exclamó:

—Es que usted, Jorge, no puede amarme ¿verdad? No es usted libre ¿verdad? Mi pobre vieja me ha contado una historia muy triste, y yo... no sé lo que pasó por mi hace un momento. Cuando usted me tenía tan cogida, tan apretada, lo olvidé todo: no me acordaba de otra cosa sinó de que le amaba á usted, de que le amaba mucho, de que era feliz sintiéndome acariciar con tanta dulzura. Y vea usted, es verdad que la dicha no existe.

Levia la dejaba hablar sin interrumpirla; todos aquellos reproches sonaban á quejas en sus oídos; las frases parecían música. La joven continuó:

—No me arrepiento de haberle visto á usted; de haber gozado breves instantes el engaño de creerme amada; no le hago cargo alguno, pero márchese.

—¿Que me marche?—contestó al cabo Jorge.—Nó, María Ana, princesa mía, tesoro mio, yo no me voy. ¿Tú crees que yo hago como los salteadores que se plantan en mitad del camino, y á éste quiero, á éste no quiero, desbalijan á todo el mundo? Pues no, señora; te equivocas, digo que te equivocas... Tu Jorge... porque soy tuyo, aunque á ti te parezca lo contrario, tu Jorge no es así: tu Jorge no es salteador de corazones.

La pobre niña trató al pronto de resistir aquel ataque de palabras cariñosas, dichas con acento meloso; pero no pudo, no pudo. Adormecíale la voz que temblaba en sus oídos, como tiembla la luz en el ambiente durante los días espléndidos del estío; sentía que se le cerraban los ojos, que los nervios caían en sopor, en deliciosa languidez.

—¡Dios mio, Dios mio! — murmuró.

Y Jorge, que hablaba su lenguaje entre balbuciente y tímido, bajando el diapasón hasta los más exagerados puntos de la escala cromática de la ternura, añadió, (apoderándose de su mano, arrastrándola inconscientemente hasta el interior de aquella especie de vestibulo, huyendo sin darse cuenta, no del sol que desmayaba oblicuo ya sobre los aleros, ni de la calle abandonada y sin testigos, sinó del mundo todo, porque hubiera ocultado su dicha en las sombras) añadió, digo, dulcemente:

—¡Oh, María Ana, María Ana! ¡Si yo pudiera decirte todo lo que pasa por mi en este momento solemne! Pero no puedo, no puedo; ni me comprenderías tú. Tú no sabes lo que es amor.

—Si que lo sé — interrumpió la doncella quejumbrosamente, como si suspirase.

—Tú no sabes de cuántas maneras se ama en el mundo.

—De una, de una sola — replicó con energía la joven.

—De una sola, sí, y de esa sola manera, aunque antes haya yo querido á otras mujeres, te amo á ti, mora, cariñito dulce, reina de los cielos, de la tierra y de los mares. ¡Amor! ¡No he sabido lo que era amor hasta este momento!

María Ana fijó en los ojos de Jorge una mirada indescriptible por lo valiente, por lo sostenida, por la inquisición que había en ella. Y Jorge la resistió con más gallardía aún.

—Te creo, Jorge mio, te creo.

Y sin fuerzas para resistir de pie aquel ataque de la ternura dejóse caer sobre el banco, desprendiéndose de los brazos de su galán.

—Mira, María Ana, — replicó Levia sentándose á su lado. — Yo te juro que soy libre como los pájaros, que no hay sér alguno en la tierra que pueda exigirme cuenta de mis sentimientos. Podrá ó no podrá ser verdad que te amo. Pero si te amo entrañablemente, estoy en mi derecho para ponerte á ti sobre todos los séres y sobre todas las cosas. No hay en el mundo quien pueda disputarte mi cariño: Ni una madre.

Razonablemente había pensado Jorge al decir que aquella era una mujer rara: olvidándose de sus angustias, de sus celos, como si nada se opusiera á sus manifestaciones de apasionado enamoramiento, murmuró, apretando á Jorge sobre su pecho, y acariciándole los cabellos con la mano:

—¿No tienes tú quien te quiera? ¡pobrecillo!

—Eso que dices: — contestó Jorge reclinando la cabeza en el seno de su amante. — No tengo quien me quiera, no tuve quien me amase desde niño, y siempre... óyelo bien, María Ana — Jorge se incorporó y se puso grave — siempre, desde que era yo criatura, mi peregrinación por el mundo es una continua y fatigosa marcha en demanda del cariño, del amor. Yo he nacido para amar y para que me quieran; y como no he hallado quien satisfaga esta ansia infinita de goce entrañable... ¡si supieras tú cómo he sufrido y cómo he llorado, y cuán sola se desliza mi existencia! Hasta que te he visto á ti.

—¡Oh, Dios mio! ¡Qué malo eres! ¡Qué cosas más bonitas dices, Jorge! ¡Hasta que me has visto á mí!

—Hasta que te he visto, justo; y si no, dime tú misma; si yo fuera malo, si hubiera querido ser malo ¿no me sobraba tiempo durante aquella noche tan larga... tan larga que pasamos solos en el tren?

—No te entiendo. Allí fuiste bueno. Me salvaste de una desgracia, de la muerte.

—Y, sin embargo, princesa mía, ya ves; si yo hubiera querido abusar de tu confianza, lo habría logrado impunemente... preciso es confesar que impunemente.

María Ana continuaba mirándola curiosa, confusa.

—¿Abusar de mi confianza, Jorge? — preguntó.

—Sí, abusar, esa es la palabra; aprovecharme del ascendiente que había conseguido sobre tu ánimo desde el momento en que me viste valeroso y tuve la suerte de derribar al canalla que pretendía robarte, asesinarte ¿qué sé yo?

Encogióse la joven de hombros, y repitió con voz clara, y serena:

—No te entiendo.

\* \* \*

¿Pero era verdad, Dios mío, que rayaba tan alto, tan alto la inocencia, punto menos que inverosímil de semejante mujer? Jorge tentó la última prueba, inquiriendo:

—Dime que me quieres, que te crees con derecho á ser la mujer más amada de este mundo; que desprecias todos los cuentos y todas las historias que andan por ahí y que, enredándose en tus oídos, han penetrado hasta los más puros sentimientos de tu espíritu; dímelo así, mora mía.

Pasóse María Ana una mano por la frente como si tratara de desterrar unos pensamientos muy sombríos, que le revolvían las células, y que la atormentaban... y clavando otra mirada inquisidora en aquellos ojos que la iban mareando hasta dejarla en un desmayo dulcísimo, preguntó:

—¿Está usted seguro de que me ama, Jorge?

—Estoy seguro... vaya usted contando: seguro de que sin usted me sería odiosa la vida; seguro de que cuando le veo á usted se me figura que todo ha cambiado, en torno mío; seguro de que usted me pertenece, porque usted es usted. ¡Y como me pertenece por derecho de conquista, la hago mía, la tomo!

Y Jorge, uniendo la expresión á la palabra, volvió á estrecharla en sus brazos, con transportes, más que de enamorado, de loco; cogió la cabeza de la niña entre sus manos y la apretó, estampando un número incalculable de besos en sus cabellos, en sus ojos, en su boca, en el hoyito de su barbilla y hasta en el nacimiento del seno, que el descote del vestido descubría indiscretamente.

María Ana no tenía ya en su ánimo fuerzas para protestar. Suerte fué para ella, el hallarse en aquella habitación, abierta á los cuatro vientos, y que impedía todo ataque brutal del macho. Creo que influyó mucho la convicción que iba sacando Jorge de su inocencia rara, pero no inverosímil; porque levantándose, trató de evadirse con la fuerza de voluntad y la energía del siervo que rompe los eslabones que le oprimen; pero no supo hurtar el cuerpo á tiempo de la acometida cariñosa, hecha con impetuoso ademán, de María Ana; quien trabó los brazos en torno al cuello de su amante y le dejó en ellos prendido.

—¿Dónde vas? ¿Por qué te vas?

Y abandonándole de pronto, añadió avergonzada y triste:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío, yo estoy loca!

Jorge estampó otro beso en sus ojos y de un salto se puso en la puerta. María Ana se levantó también.

—Sí, véte — dijo. — Pero escucha una palabra. Yo no he amado hasta ahora... y ahora amo como las fieras. Procura no desesperar mis instintos salvajes.

J. F. LUJAN





## La Candor

—Era camarera de un cafetín,—empezó diciendo nuestro amigo,—situado en una de las callejas más indecentes de la ciudad, y sus parroquianos habituales, mala gente por regla general, la habían bautizado — mejor dicho confirmado, puesto que ya recibió el bautismo cuando pequeña, — con el simpático nombre de La Candor.

La idea que expresa tal nombre, estaba magníficamente representada en aquella niña, que á juzgar por su actitud de inocencia asustada, por su mirar lánguido é inocentón y por su aire modesto, parecía no haber roto en su vida un plato.

La Candor se hacía simpática á primera vista, y al verla ocupada en oficio tan expuesto á la chacota de la gente alegre. daban ganas de ofrecerle un medio de vivir mejor y más en concordancia, con los sentimientos que debía

abrigar aquel cuerpecito delicado de damisela romántica.

La conocí en uno de esos días, en que en busca de emociones desconocidas ó de tipos nuevos, penetra uno en cuantas casas hay abiertas al público, y os juro, que me chocó mucho la presencia de una mujer de tal porte, en un tugurio donde se maldecía y renegaba por partida doble, y donde se oían los más soeces vocablos de la gerga tabernaria.

Por pedir algo, hice que me sirviera un poco de ajeno y le mandé que se sentase á mi lado, si un compromiso mayor no se lo impedía.

Ella me miró dulcemente, como si en el fondo de su alma agradeciese mi descarada finura, y sentándose en una silla frente á mí, dijo:

—Tomaré lo que usted quiera.

—No tengo mucho dinero, pero ¡qué demonio! parece desear salirse del bolsillo. No sé lo que me pasa, mas te aseguro, que esos pedazos redondos de metal me estorban. Así es, que pide por esa boca, que no me voy á morir de hambre por peseta más ó menos.

La Candor se levantó entonces sirviéndose, poco rato después, una copa de vino de Montilla.

Sentóse de nuevo, y levantando la copa en actitud de brindar:

—¡A su salud!—Dijo dando un sorbito.

—¿Cómo te llamas?

—Amalia; pero en el café me llaman La Candor.

—¿Y por qué estás aquí?—le pregunté con curiosidad.

—Ya ve usted, hay que trabajar; mi madre está ya muy vieja, y la pobre harto hace con limpiar la casa y arreglar la comida.

—Pero no estarás bien, teniendo que soportar las pesadas bromas de la gente alegre, que frecuenta estos centros.

—No se está muy bien, pero hay que hacerse á todo. No sé ningún oficio, y aunque coso bien, la labor que me daban en las tiendas era escasa y mal pagada. Aquí, por lo menos, se gana más; suele venir mala gente, es verdad, pero esa mala gente tiene buen corazón y algunas veces da propinas de largo.

—¿Y no haces más, que servir?

Gira alegre.



La chica se puso muy encarnada, me miró más melancólicamente que nunca, volvió á bajar la vista y tardó algún rato en contestar.

—Nó señor, no hago otra cosa.

—¿De veras?—dije en tono picaresco— ¿y no tienes ningún amigo predilecto?

Volvió á mirarme, y esta vez en su mirada creí leer un reproche, algo así como un ¿por quién me toma usted? enérgico é indignado.

—¿Te he ofendido?— me apresuré á preguntarle.

—Nó, nó señor, de ninguna manera. Cuando una está aquí,—casi se le saltaban las lágrimas al decir esto,— tiene que aguantarlo todo para no enfadar: bromas y preguntas como las que acaba usted de hacerme; porque se tiene una que acordar de lo que le espera si no sabe conllevar á la parroquia: el amo se enfadaría, y ellos tal vez, no dieran propinas y entonces mi madre...

—Te pido que me perdones.

—Nó, nó; si no hay de qué. Como muchas de las que sirven en estos sitios...

No terminó la frase. Os juro, que empecé á interesarme La Candor. Ya sabéis que yo he sido siempre algo romántico, y aquella niña cándida viviendo en medio ambiente tan peligroso, me inspiró un sentimiento desconocido para mí hasta entonces, y que tomé por conmiseración.

desconocido para mí hasta entonces, y que tomé por conmiseración.

Pagué el gasto que había hecho, y quise darle lo que me quedaba en el bolsillo. Ella entonces me miró enternecida y, ¡cosa rara! sólo tomó diez céntimos, mientras decía conmovida:

—Yo lo agradezco con toda mi alma; pero un señorito va muy mal cuando no lleva dinero.

Me persiguió el recuerdo de La Candor todo el día, y al acostarme, fué el incubo de mi sueño. Al despertar, tuve necesidad de ir á verla; me llevó á aquel cafetín una fuerza irresistible. Eran las nueve de la mañana y el café estaba desierto. El dueño del establecimiento que estaba detrás del mostrador, se acercó al sitio donde me había sentado.

Me enteró de que por la mañana no iban las camareras, y hablando de La Candor, me hizo un elogio cumplidísimo de ella. Nó, no era como las otras. Más decente que ella, no la había visto en la vida. ¡Cuándo él que era un hombre muy delicado la ponía por ejemplo á su mujer, que solía permitirse bromear demasiado con la parroquia! No se le conocía ningún lío, ni daba nunca á los hombres más conversación que la conveniente para no enfadarles; si la invitaban solía tomar una copita, porque aquello iba en beneficio de la casa, pero nada más. Por la noche, á la hora de salir, iba su madre por ella, y no consentían nunca que nadie las acompañase.

Por la tarde volví por verla, y me sirvió, siempre con aquella simpática seriedad, y por la noche, sin que ella lo supiese, fuí á situarme frente al cafetín para verla salir. Vestida con más modestia que en el establecimiento, salió dando el brazo á su madre y yo las seguí á cierta distancia. Podéis creer que tuve una satisfacción muy grande, cuando ví que llegaban á su casa sin tropiezo; sin que ninguno de los trasnochadores que encontraron al paso, se atreviera á dirigirlas la palabra.



Reutlinger.

Respetable público...



Reutlinger.

Mirándote así, ¿me aplaudirás?



Meaty Fleron.

*Orically*

Cuando hubieron de entrar en la casa, invité al vigilante y al sereno, para que me dieran informes: Allí no entraba nunca ningún hombre; la casa era tranquila y todos los vecinos gente honrada y trabajadora: la señorita Amalia trabajaba mucho para su madre, pero de buena manera.

Yo no sabía explicarme lo que me pasaba. Desde aquel momento y sin que ella lo supiera, me constituí en un terrible espía de todos sus pasos. Creo que si la encuentro un día con un hombre en la calle, hubiera hecho un disparate sin saber por qué.

Cuando me di cuenta de mi verdadera situación, noté que me había enamorado de La Candor como un loco.

Decidí ver á su madre. Me dijo llorando, que no tenía inconveniente alguno si su hija quería.

—Pero le advierto á usted,—continuó diciendo mientras se ponía roja,—que mi hija es camarera del Cafetín del Aguila.

—Lo sé, señora.

—En ese caso, no tengo más que decirle.

Al hablar yo con Amalia seriamente, creyó que me burlaba de ella, pero cuando vió mi constancia, aceptó al fin dándose por muy satisfecha.

Nos casamos; yo no la consentí que fuera más al café. Desde entonces empezó mi regeneración; trabajé con ahinco y con suerte. Han pasado ocho años, y la madre está más joven que cuando la conocí.

¡Y si viérais como me quieren las dos y que feliz soy con ellas!

RAFAEL RUIZ LOPEZ



Angel caído.

## Epigramas

Cortó á Leonor, por error,  
Un dedo el doctor Juan Porta,  
Y hoy, al hablar del doctor,  
Aún dice á todos Leonor  
Que aquel ni pincha ni corta,

Que la cabeza daría  
Por el amor de María  
Dijo el cojo Luis Forteza;  
Y claro, el joven, hoy día  
Ni tiene pies ni cabeza.

Dos súbditos pierde España  
Cua-do alguien presta dinero;  
El que presta se hace *inglés*  
Y el que debe se hace el *surco*.  
EDMUNDO DE C. BONET

## El teniente Paja-larga

1

Cuando Paja-larga se hubo convencido de que la orden estaba clara y terminante, cuando no le cupo ya duda alguna de que era preciso dejar la cama, lanzó una maldición, rompió el papel y descargó un terrible puñetazo sobre la almohada.

Su compañero de alojamiento comprendió y disculpó su cólera. Después de una marcha fatigosa por carreteras llenas de lodo, y de cuatro horas de flanqueo, cayendo el agua á cántaros, está el cuerpo tan necesitado de descanso, que recibir una orden urgente y tener á causa de élla que separarse de los cariñosos colchones, donde se ha empezado ya el primer sueño, es cosa capaz de hacer perder la paciencia á cualquiera.

Mientras el desdichado teniente se vestía, pensaba Morales con satisfacción egoísta en su propia felicidad. ¡Qué hermoso era quedarse allí, entre finas sábanas, abrigado con buenas mantas, calentito y durmiendo como un *papatache*, mientras su colega se iba á vigilar al enemigo desde lo alto de un cerro! Porque no cabía duda: Paja-larga iba derechito á encaramarse, con aquel temporal deshecho, hasta lo más empingorotado de algún pico guipuzcoano. Aquel volante del Estado Mayor no podía traer nada bueno.

De repente, dos fuertes aldabonazos dados en la puerta de la casa solariega, hicieron estremecer á Morales. La idea de que á su vez pudiera venir á sacarlo de la cama algún otro papelito, cruzó cual sombra negra por su imaginación. Casi sin aliento quedóse al oírlos, y cuando vió á su asistente entrar en el cuarto, estuvo á punto de perder el sentido. Figurósele que los colchones le despedían á puntapiés, y que aquel calor tan dulce de la cama se convertía en un lago helado, dentro del cual tiritaba dando diente con diente. Miró al muchacho como podía haber mirado al mensajero de la muerte.

Por fortuna suya, el pobre chico no traía nada para él.

—Mi teniente — dijo á Paja-larga, — que vaya usted en seguida...

—¡Cuernos! — gritó éste hecho una furia, acabándose de poner el impermeable, ayudado de su asistente, — ¡ya voy!... ¡ya voy!... ¡ya voy!... ¡Esos...

señores del cuartel general gastan unas prisas!... ¡Que se aguarden!...

En tanto que Paja-larga se desahogaba intercalando no muy cultas interjecciones en los lugares donde yo coloco ahora puntos suspensivos, el colchón volvía á asegurarse debajo del cuerpo de Morales, la cama tornaba á convertirse en estufa para él, su respiración se normalizaba, y el susto se le salía por la boca, cual si fuera humo de cigarro.

Puedo dormir tranquilo; — pensó — cuando no me han avisado á la vez que á Paja-larga, es que no me toca servicio alguno.

Y al tiempo que este último salía echando chispas de la habitación, Morales, abusando de sus circunstancias y con esa intención *perra* que tenemos los españoles (y los que no lo son también) lavantó la cabeza de la almohada, dirigió á Paja-larga una sonrisa que merecía bofetadas, y le dijo con impertinente ironía:

—¡Que baile usted mucho y se divierta!

Paja-larga giró como una peonza y lanzó á Morales una de esas miradas que parece imposible que no maten. Después de mirarlo así durante un segundo, dió *doble derecha*, — que se decía entonces — y salió de la habitación, como alma que se la lleva el demonio. Yo no he visto cómo va un alma en ese caso, pero me lo figuro.

II

Mientras Paja-larga se encaminaba al Estado Mayor, diremos algo referente á su persona.

En lo físico, una espingarda; en lo intelectual, un mozo listo: en lo moral, un excelente corazón. Este era el teniente más antiguo de la sección de tiradores. Ya se habrá comprendido que *Paja-larga* era un apodo... y ¡por Dios! que le sobró razón al que se lo puso.

Paja-larga fué *perdigón* en el colegio, lo cual, después de todo, si prueba algo, prueba que tenía talento. No he conocido ningún número uno, sea de donde fuere, que haya servido para gran cosa, dicho sea sin ánimo de ofenderlos.

No quiero decir con esto que no sean unas verdaderas capacidades los números uno. Lo que digo es que no he tropezado aún con ellas, entre los que alcanzaron aquel honor, y yo conozco.

En cambio, sé de muchos *perdigones* que han llegado á ser hombres de valía. El número uno en los colegios militares, lo mismo que en las universidades, es una



Livia Berlendi.

Suc. Napoleón.

cosa convencional. Está en función del punto de vista que elige el profesor. ¡Y tienen algunos señores profesores un punto de vista tan raro!

Pero dejemos esto, y volvamos á Paja larga. A pesar de su cualidad de *perdigón*, tenía talento y sabía de todo. Hablaba el latín, el inglés, el alemán, el francés y el catalán... que es otro idioma.

Había terminado la carrera de leyes y tenía á *medio hacer* los estudios de medicina. Pintaba acuarelas y se construía él solito los muebles de su casa cuando iba con licencia á Reus. No era extraño á la arquitectura. Componía versos muy bonitos para brindar el día del santo de su coronel.

Antes de salir á campaña había terminado una Aritmética, la cual, según el músico mayor, que la había leído, era una gran cosa. En fin, por no diferenciarse de los demás, también tenía su *Proyecto de reorganización del Ejército*. Por este proyecto el relevo de las guardias en Madrid debía verificarse en tranvía.

Los libros y las mujeres eran sus dos grandes pasiones. Decía á menudo, recordando á Silvio Pellico: «*Pensare ed amare sono un gran bene.*» No sé si las fregatrices, cuya amistad cultivaba, serían de la misma opinión.

Era algo murmurador. No lo podía remediar el pobre. Aquella lengua parecía un hacha. Se había empeñado en encontrarle defectos á todo y á casi todos los que eran más que él, excepción hecha de su capitán, al que adoraba y de quien decía que lo era suyo por derecho *divino*. Jamás pude comprender esto.

A la *hojalatería* profesaba esa cordial aversión que tan general es en campaña. Eso de ir él *pisando hormi-*

*gas* mientras los *niños bonitos* hacían las marchas á caballo, corriendo por entre filas, levantando polvo y atropellando los infantes, le sacaba de sus casillas. Eso de encontrarse él en todas partes siempre, y no verse nunca en una propuesta, á la inversa de aquellos que no se encontraban más que en las últimas, y jamás donde él estaba cuando *había baile*, le hacía patear de cólera. Eso de reventarse él por cerros y montes, para no tener luego ni un mal pajar donde pasar la noche, y ver á los *señoritos* dándose tono en casas magníficas y haciendo burla de los infelices que constituían la *carne de cañón*, le causaba berrinches indescriptibles.

«¡Para estos se ha hecho la guerra! — exclamaba. — Miradlos qué corrutacos van y qué limpias llevan las camisas. ¡Si hubieran pasado la noche allá arriba, no estarían peinados y lavados como para ir á un teatro!... ¡Engordad, sanguijuelas, ya que somos tan tontos que os dejamos chupar nuestra sangre!... No tenéis vosotros la culpa, sino los *mamaos* que consienten que seáis sus explotadores... ¡Ah, si todos pensaran como yo, qué pronto se os acabaría la breva!... ¡Qué hermosa es la guerra! ¿no es verdad? Ya lo creo... á ascenso por semana, y escaramuza desde la contra-barrera, también suscribo yo. ¡Gozad, fachendosos, gozad! ¡Llamad cobardes á los que no pueden tomar trincheras con la prisa que vosotros necesitáis para que no se enfríe la sopa!... ¡Qué hermosa es la guerra! ¡Claró! Ninguno á quien le va bien se lamenta de su suerte, porque, como dice Job, ni el asno montés rebuzna cuando tiene delante de sí heno en abundancia, ni brama el buey acosado de hambre, cuando se ve en su pesebre abastecido... Engullid, engullid... y así reventéis. ¡Cuernos!»

Como se ve, el teniente más antiguo de la sección de tiradores del batallón número... no podía ser ni más murmurador, ni más mala lengua.



Retrato. Rembrandt.

Cuando llegó al cuartel, se encontró al ayudante de su batallón que le aguardaba.

—Tiene usted que ir con la mitad de los tiradores — le dijo el ayudante — á ocupar una de las alturas de la derecha. Ahora vendrá el guía. Entre usted conmigo á ver al jefe de Estado Mayor, que quiere darle instrucciones.

Poco después salían ambos de la habitación que ocupaba el jefe de Estado Mayor. La cara de Pajalarga estaba radiante de alegría.

—¡Así me gusta á mí hacer el servicio! — exclamó dirigiéndose al ayudante. — ¡Me encanta pasar



La inocencia en un momento  
se pierde; es tan delicada,

que la obscurece un aliento  
y muere de una mirada.

noches como ésta, en lo alto de un monte, sin una mala choza donde cobijarse, diluviando y con un frío de mil demonios! Lo siento por la tropa; pero lo que es por mí, maldito si me importa un *pitillo*. ¡Qué gran noche voy a pasar, mi ayudante!

—Hombre, pues lo que es á mí, bien poquita gracia que me haría ir con este tiempo allá donde Cristo dió las tres voces. Crea usted que, en su pellejo, estaría yo rabiando. ¡Vamos, que á usted no le gustará que le den cor la badila en los nudillos! No me venga usted á mí con esas amigo.

—Le juro á usted que me falta poco para bailar de gozo... ¡Cómo que estoy por dar un par de zapatetas!

Y al decir esto, Paja-larga, que bajaba ya los escalones, empezó á pegar saltos y hacer cabriolas con una tan ruidosa alegría, que el ayudante se desternillaba de risa.

—¡Que se va usted á romper el alma! — le gritó. — Mire usted que esta escalera no admite bromas.

No había acabado de pronunciar la última palabra, cuando Paja-larga, falto de apoyo, rodaba escaleras abajo con tal estrépito, que del Estado Mayor salieron alarmados algunos oficiales á enterarse del suceso.

Cuando el ayudante y ellos llegaron á donde estaba Paja-larga, le encontraron sin conocimiento, inmóvil, rígido, cual si fuera un cadáver.

El batacazo había sido tremendo.

—¿Qué ha sido eso? — preguntó el jefe de Estado Mayor desde lo alto.

—Mi coronel, — contestó el ayudante — el oficial de tiradores que ha rodado las escaleras y del golpe se ha quedado sin sentido.

El coronel bajó apresuradamente, contempló á Paja-larga con aire de compasión, y exclamó al ver su estado:

—¡Pobre!... debe haberse lastimado bastante!... que lo lleven con cuidado á su alojamiento y avisen al médico. ¡A ver!... ¡Ordenanzas!... ¡pronto, una camilla! Encárguese usted de él — dijo al ayudante — ¡qué desgracia más tonta!... ¡sentiría que á este pobre chico le pasara algo!... Es un buen oficial...

Y mientras los ordenanzas colocaban á Paja-larga en una camilla y los oficiales presentes lo rodeaban de cuidados, el jefe de Estado Mayor, acordándose del servicio, recomendaba al ayudante que avisara al otro oficial de la sección de tiradores. Que venga inmediatamente, inmediatamente, — añadió.

FEDERICO MADARIAGA

(Concluirá.)



Pereza.

## Intima

Madre, la capilla  
déjame velar,  
Que velando al santo  
velaré al galán...

Con mucha insistencia  
decía Pilar.  
Y al año siguiente,  
nublada la faz

sólo repetía:  
¡Por qué fui á velar,  
velando tan poco  
por mi honestidad!

F. GRAS Y ELIAS

## Wagnerías y armas al hombro

Ricardo Wagner era sencillamente un genio. Esto es indiscutible, y aunque yo lo negare, de lo cual libreme Dios, seguiría siendo verdad, porque las verdades lo son porque lo son, no porque le de la gana de reconocerlas á un número mayor ó menor de personas.

Mas pese á su genio, tengo para mí que á estas fechas debe encontrarse hecho un tostón dentro de una de las más hirvientes calderas de Pero Botero, en justo castigo del daño que ha causado á la música, pese á sus obras admirables.

Para encontrar antecesor á Wagner, es necesario hacer lo que ciertos reyes de armas poco escrupulosos, á quienes, por ejemplo, encarga un Tocínez enriquecido que le busquen ilustre prosapia, y para complacerle no vacilan en sostener que siendo Tocínez corrupción de tocino, y éste sinónimo de cerdo, y el femenino de cerdo, cerda, el peticionario desciende en línea recta de los mismísimos infantes de la ídem (cerda, no línea).

El músico alemán no ha tenido ni tendrá sucesores.

¿Por qué?

Pues pura y simplemente porque, supuesta su especialidad, para *hacer música* como él, sería preciso ser un genio, como él también. Y los genios no imitan á nadie: tienen estilo propio.

Sin embargo, ha ocurrido con Wagner lo que con esos solterones opulentos de apellido vulgar que mueren sin tener padre, ni madre, ni perrito que les ladre: todos los López, Fernández ó Gutiérrez del Orbe se disputan una herencia que á ninguno de ellos corresponde, y hay quien se gasta en el litigio un dinero que, bien destinado, podría labrar su felicidad.

A docenas, por no decir á cientos, se cuentan los únicos españoles y de todos los demás países, que pudiendo producir obras, sinó geniales, dignas de aprecio, han ido é irán de fracaso en fracaso por el vano empeño de recoger una herencia que no les pertenece, que no será suya nunca, porque cuando alguien nazca con derecho á ella, será por sí propio tan rico, que habrá de mirarla con menosprecio.

La música wagneriana es un progreso; pero no es la última palabra de la música, pues ni en arte, ni en ciencia, ni en nada se dirá jamás la última palabra, mientras la Humanidad exista. Y como he dicho antes é insisto en ello porque que-

ría convencer á los que por senda de perdición caminan que cuando rompa á hablar el que tenga facultades para añadir una palabra más, lo hará en lenguaje distinto.

Respétese, pues, al insigne autor de la *Tetralogía*; apláudanse sus producciones como merecen serlo; pero ¡por las once mil vírgenes! ruego á los compositores españoles (á los que no son de mi parroquia que les suplique otro) que cuando pongan la pluma sobre el pentágrama se olviden de que existió en el mundo tan meritísimo innovador y dejen correr aquella tan aprisa como les exija su inspiración, con lo cual seguramente harán obras aceptables y acaso, acaso, sobresalientes, en vez de las so-

poríferas latas conque nos obsequian los que, tomando el rábano por las hojas, sacrifican lo principal á lo secundario, por no comprender que lo admirable en Wagner es haber sabido atender á lo segundo sin descuidar lo primero.

Entre música inspirada y música *científica* (perdóneseme la palabra) pero sin inspiración, el público siempre optará por aquella, y hará bien, porque la música *ante todo* es arte: para unir este á la ciencia en el alto grado en que realizó dicha unión el compositor de que hablo, es preciso ser lo que él era, lo que no será ningún imitador suyo.

El wagnerismo no sólo ha malogrado muchos músicos que hubieran podido crear obras dignas de aplauso, sinó que ha sido fuente y origen de multi-

tud de chifladuras, así como suena. Y todo por ese maldito espíritu de irracional imitación.

Bastó que en Bayreuth se colocase la orquesta fuera de la vista de los espectadores, para que en algún teatro nuestro se metiese también á los músicos en los fosos, á fin de que hicieran mejor efecto las *Habas verdes*, pongo por infundio. Y claro, hubo que sacarlos de allí, porque ni nuestros coliseos son como el citado, ni nuestro público es el público alemán, con lo que no quiero significar que sea peor ni mejor que éste. Es diferente y en paz.

Otra chifladura. Como quiera que los libretos de las óperas de Wagner (los originales, se entiende), son bellísimos, el público alemán seducido por los encantos de la música y del poema, concentra en la obra su atención, no quiere perder el menor detalle y se pasa las horas que dura el espectáculo sin permitirse la menor distrac-



En marcha.





Allá salta esta hermosa  
con todo el cuerpo de alegría lleno,

por saber que no hay fruta más sabrosa  
que la que crece en el cercado ajeno.

## LA SAETA

ción, ni toser, ni estornudar, ni rascarse. A ello ayudan, indudablemente, su carácter, mucho menos vivo que el meridional, y su mayor cultura musical; pero tengo para mí que la razón primeramente apuntada es la más poderosa. Las bellezas literarias se aprecian con más facilidad y por mayor número de personas, que *ciertas* bellezas musicales; un argumento que atrae, soberbiamente expresado, sostiene más el interés de una multitud que la pieza de música mejor escrita. Esta, en determinados momentos, causará en la generalidad del público, una impresión más viva que aquel, pero no tan constante.

Nosotros no nos encontramos en igual caso que los alemanes. Sobre que nuestro carácter es diferente, sólo oímos pésimas traducciones en idioma que no es el nuestro, y nos quedamos, ó se quedan casi todos, tan enterados del argumento

al salir del teatro, como antes de entrar. Y, sin embargo, hay quien pretende que permanezcamos tan impasibles, silenciosos é inmóviles como si verdaderamente nos estuviésemos haciendo cargo de lo que ocurre de candilejas adentro. Esto es sencillamente absurdo.

Nada hay peor que la exageración. Dejémonos, pues, de wagnerías y armas al hombro. Admirémos á Wagner y aplaudamos sus obras como se merecen; pero no tratemos, con ridículas imposiciones, de convertir en un suplicio lo que debe constituir un placer, y sobre todo, guardémonos de pretender imitar al coloso; recordemos el conocido lema: *Nadie las mueva que estar no pueda con Roldán á prueba*; y convengamos en que quien verdaderamente tenga fuerzas para habérselas con Roldán, no ha de necesitar para nada las armas de éste.

BLAS QUITO



¿ Por cuál se deciden ?

## Cañitas

Serrana de mi querer  
¿cómo quieres que me ría?...  
¡Te está besando tu madre,  
y no sé quien fué la mía!...

A tu cariño le pasa  
lo que á la flor del almendro,  
que es muy temprana en salir  
y es la que muere primero.

Porque sabe que te quiero  
te tiene celos, mi madre;  
sin pensar que alumbra el sol  
aunque las nubes lo empañen...

Elige mujer modesta  
para llevarla al altar:  
mira que el agua es más clara  
cuando hay menos cantidad!

No sé madrecita mía  
cual es la pena más grande,  
¡Si el conocer bien, á todos  
ó el no conocer á nadie...!

No me jures más serrana,  
¡que si es verdad que no mientes,  
resistirás mi mirada..!

J. ENRIQUE DOTRES

## A ella

Al recordar tu tipo y tus hechuras  
de aspecto seductor...  
¡ay, qué brincos más dulces, vida mía,  
me *casca* el corazón!  
Recordando ese pelo alabastrino  
que brilla cual *charol*,  
esos dientes oscuros que *clarean*,  
pues sólo tienes dos.  
Ese pecho, esa espalda, esa cintura,  
esa nuez; nuez de pro,  
que tiene una corteza de dos dedos  
con granos en redor.  
Tus caderas ebúrneas, lascivas  
que dieran desazón  
á un poste del telégrafo, si el poste  
no fuera poste, Dios.  
Esos *pieses* que calzan alpargatas  
y que andan al vapor,  
á pesar de tener ojos de pollo,  
juanetes y de *tó*;  
esos pies que sostienen el palacio  
donde reina mi amor..  
¡esos pies que á patadas hacen polvo  
al buey de la labor!

Recordando tu tipo y tus hechuras,  
ese aire encantador,  
me paso las semanas y los meses  
tocando el acordeón.  
Y al salir entre notas mis quejidos,  
¡quejidos de dolor!  
que exala por ti sola, vida mía,  
mi tierno corazón,  
Á mi oído con grata dulcedumbre  
repíteme una voz:  
«No desmayes Serapio, será tuya,  
porque es grande su amor;  
pero aprende primero á vender zorros  
y á hacerlos con primor,  
y verás cómo al fin apagar puedes  
tu bárbara pasión.»  
Y entre notas, quejidos y rebuznos  
me paso una hora, dos...  
¡Un mes si á mano viene recordando  
tu aspecto seductor!

*Por la copia*

LUIS E. LOPEZ DE HARO

## Un guasón

Aseguran que un labriego  
llamado José Capriles,  
dió gritos de - «¡los civiles!»  
en una casa de juego.  
Y echando á correr así  
cual si fueran salteadores,  
salieron los jugadores  
dejando el dinero allí.  
Capriles solo se halló;  
juzgó el momento oportuno  
y guardándose el muy tuno  
los dineros, se marchó.  
Y al otro día Pretel  
preguntóle así á Capriles:  
—¿Dónde estaban los civiles?  
—Estaban... en el cuartel.

J. J. GUTIERREZ RAMOS



—Si con este modo de mirar no le atraigo, habrá que confesar  
que es de hielo.



## ADVERTENCIA

Estamos preparando el **NÚMERO EXTRAORDINARIO**, y no hago más que adelantarles la noticia para que se dispongan ustedes á adquirirlo.

No hemos perdonado medios ni sacrificios para que sea digno del creciente favor que nos dispensa el público, y esté á la altura de la importancia que ha adquirido nuestra publicación.

Y no va más por ahora.



Sé que las hermanas Coma son dos chicas hasta allá, de *rompe y rasga*, es la una y la otra, de *armas tomar*. Han cogido á la pequeña que, unida á dos *puntos* más, cierta casa del Ensanche han pretendido robar, y así, me contaba el caso un guardia municipal: —A dos *puntos* y una Coma... he tenido que encerrar.

MORENO.



El conde de... había ofrecido á Rosini un pavo trufado; pero pasaban días y días, y el pavo no acertaba con la puerta del maestro. Una mañana se encontraron en la calle los dos amigos, y el conde le dijo:

—No desconfíes; irá, y si ya no lo has recibido, es porque este año las trufas son de pésima calidad, y según se dice, venenosas.

—¡Bah! — contestó Rosini sonriendo, — esas son voces que han hecho correr los pavos, pero un hombre de talento no debe creerlas.



**Almanaque Parisienne, año 1900.** — Esta importante publicación, más solicitada que otra alguna por el público, acaba de llegar y se reparte gratis en todas las farmacias y droguerías. El señor *Vial*, sucesor de *Rigaud y Clermont*, de París, ha inaugurado su dirección con un magnífico almanaque en colores dedicado á la *Exposición Universal de 1900*, que contiene los monumentos más culminantes dibujados admirablemente por el señor Saunier, reservando la reproducción de los palacios sud americanos para el año próximo. La cubierta, deliciosa acuarela del afamado artista Dedina, merecerá la aprobación universal de los inteligentes. La parte literaria, escogida como siempre, comprende una dramática novelita corta del célebre escritor J. H. Rosny, un guía sucinto de París, interesante para todos, sentencias, chascarrillos, etc., amén de los anuncios de las reputadas preparaciones que han hecho de la Casa *Vial* una de las más considerables del mundo.



## CHARADAS

I

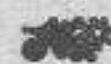
Dijo su madre á Pilar:  
—Dos por dos cuartos de *una*,  
que luego irás á rezar  
la *primera dos*, con Bruna.

V. ARCE Y M. PÉREZ.

II

Un *prima dos* y *tercera*  
quiso un *prima tres* coger,  
pero el *Todo* corre mucho  
y él no podía correr.

M. Boj.



## Greca

G\*\*\*\*\*A C\*\*\*\*\*A N\*\*\*\*\*A  
\* \* \* \* \*  
\* J\*\*\*A \* L\*\*\*A \* Z\*\*\*O  
\* \* \* \* \*

(I) S B\*\*\*\*\*A Z\*\*\*\*\*O A\*\*\*A (18)

Colocar letras en las estrellitas de manera que, empezando por el 1, y siguiendo la Greca termine en el 18, se lea en las verticales de arriba abajo y en las horizontales de izquierda á derecha, dieciocho nombres de mujer ó varón.

IGNACIO CANAS.



## Trompo numérico

6	2	— Nota musical.				
5	6	— Artículo.				
1	2	3	4	2	— Misiva.	
1	2	3	4	5	6	— Anuncio.
4	5	6	2	3	— Máquina de tejer.	
6	2	3	2	— Teatro de Madrid.		
4	5	3	— Río.			
3	5	— Nota musical.				
1	— Consonante.					
1	2	— Idem.				
4	— Idem.					

FEDERICO BENAVENT.



## Táxis

ADOLFO, LORETO, RAMONA  
AGUEDA, JAZMIN, MESINA

Colocar estos nombres, unos debajo de otros, de forma que se lea diagonalmente un nombre de mujer.

FRANCISCO DEL AMO Y LÓPEZ.



## Cruz

\* \*  
\* \*  
\* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \*  
\* \*  
\* \*

Substituir las estrellitas por letras, de modo que vertical y horizontalmente resulten dos nombres de mujer.

K. MARÁ.

Jeroglífico comprimido

**E RO**

PELEGRÍN MELUZ.



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Valerosa.

LOGOGRIFO NUMÉRICO. — Manuel.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Precioso.

CUADRADO. —

SALA  
ANAL  
LANA  
ALAS

Correspondencia

A. D. P.— Alguna publicaré,  
mi Señor don A. D. P.

*Un Granadero.*— ¡Si supiera usted qué poquita cosa es...!

J. G. R.—Veré de aprovechar parte.

*Uno de San Gervasio.*—Lo de esta vez no sirve.

*K. Lendario.*—Otro que no está muy allá de ortografía, ¡porque escribir lavar con B y acetileno con H y Z...!

J. C. de S.—Entran en turno.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

**CRÈME SIMON**

à la glycérine

**Poudre**  
de riz Simon



**Savon**  
à la Crème Simon

Maravillosos para la

**TOILETTE DIARIA**

Preservan el rostro de las influencias del FRIO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis.

**J. SIMON ♦♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦♦ PARIS**

**LA SAETA**

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia  
al administrador D. PEDRO MOTILEA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.

Año. . . . . 11 »

Extranjero y Ultramar, un año. . . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**48 HORAS**



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

Garbano  
A. M. I.  
L. N. A.  
A. A. G.



Correspondencia  
A. M. I.  
L. N. A.  
A. A. G.

En el presente  
El presente número  
El presente número  
El presente número



MONTE  
à la

BOULEVARD  
de la République

J. SIMON & Co. Rue de la République  
PARIS

AS NOBIS  
Paris del Norte



20 cents.

Núm 473.

